



STEPHEN L. CARTER

Autor de *El emperador de Ocean Park*

El Consejo de Palacio

Del autor de *El emperador de Ocean Park* llega un nuevo y absorbente *thriller* político ambientado durante la guerra de Vietnam y la administración Nixon.

Philmont Castle lo tenía todo: dinero, prestigio y contactos. Nadie habría podido imaginar que acabaría muerto en un aparcamiento, aferrado a una misteriosa cruz.

Una noche, tras asistir a una fiesta de la alta sociedad negra de Harlem, Eddie Wesley, joven promesa de la literatura, descubre el cadáver accidentalmente.

Cuando, poco después, su hermana Junie se ve involucrada en las actividades de grupos políticos clandestinos y desaparece sin dejar rastro, Eddie se embarca junto a la mujer que ama en una investigación que se extenderá a lo largo de dos décadas.

Una reunión secreta celebrada en el verano de 1952 parece ser el nexo de unión entre los dos sucesos y, lo que es más inquietante, su objetivo continúa vigente: dar un golpe de efecto que desequilibre las relaciones de poder y cambie la política estadounidense para siempre.

*Para Eric, Leslie, Lisa y John,
que lo vivieron conmigo.*

¡Oh, si los años pudieran hablar!
ELOISE BIBB

PRÓLOGO

EL CONSEJO

El abogado estaba nervioso, lo cual no era frecuente. Las manos le temblaban en el volante, y eso era aún menos frecuente. En la guerra había aprendido que no había nada malo en el hecho de tener miedo, siempre que los demás no se dieran cuenta. Sabía que el valor era cuestión de disciplina. Lo mismo que la confianza. En los pasillos de mármol de Wall Street, el abogado intimidaba a todos los que lo rodeaban con la amplitud de sus conocimientos y su agilidad mental. No tenía rival en los consejos de administración de sus clientes, y las pocas veces que se aventuraba en los tribunales cautivaba a los jueces con su agudeza y los encandilaba con su fuerza argumental. Había mandado una compañía de Rangers en el norte de África y en Europa, y había instalado a su querida esposa e hijos en una magnífica casa en las afueras, dotada con los últimos adelantos y comodidades. Era el verano de 1952, una época de hombres como él. Estados Unidos se disponía a elegir a un militar como presidente. Las acererías del país acababan de aplastar una huelga de ámbito nacional. El Congreso se disponía a añadir la frase «Ante Dios» al juramento de lealtad a la nación. La ciencia norteamericana había inventado la manera de poder telefonear desde California a Nueva York sin tener que utilizar el servicio de operadoras. Había gente que insistía en llamar la atención sobre los defectos de la vida de la nación; sin embargo, el abogado creía en el progreso discreto, en un progreso discreto y gradual. El país seguiría avanzando a su debido tiempo. Así pues,

cuando, para su disgusto, descubrió que tamborileaba con los dedos en el salpicadero, se dijo que debía calmarse.

Aferró el volante con fuerza.

El camino de acceso estaba lleno de coches. La casa era larga y baja. Un acogedor resplandor dorado se filtraba a través de las ventanas. A pesar de todo, el abogado vaciló. El aire de agosto, cargado con los aromas nocturnos, se filtró en el coche. Las nubes ocultaban la luna, pero la lluvia prevista no había descargado todavía. El abogado contempló el ominoso cielo y le asaltó una escalofriante premonición de muerte. Luchando contra la creciente sensación de incomodidad, el abogado concentró sus pensamientos en el luminoso rostro de su esposa. Cerró los ojos y escuchó su sugerente acento de Carolina del Sur. Cuando se hubo tranquilizado, recordó la razón de su presencia allí.

—Cena y conversación —le había dicho su anfitrión, sonriendo mientras tomaban un café en Manhattan—. Y solo hombres. Nada de esposas.

—¿Y por qué sin esposas? —había preguntado el abogado, no sin cierta razón.

—Confía en mí.

El abogado era demasiado inteligente para insistir. Su anfitrión conocía a mucha gente, y la clase de gente a la que conocía era de la que conocía a otra gente. Además, su anfitrión había convertido en un arte el hecho de devolver un favor. Todo el mundo deseaba congraciarse con él. Por muy exitosa que hubiera sido hasta esos momentos la carrera del abogado, siempre le quedaban peldaños por subir. La cortesía y la curiosidad lo habían alentado. Cuando su anfitrión mencionó los nombres de algunos de los que asistirían a la reunión, el abogado no se pudo resistir.

Se apeó del coche.

De la casa le llegaba el eco de las risas y el apagado y crepitante sonido de la música de un tocadiscos. El abogado ensayó su mejor sonrisa, la que reservaba para los tribunales. La música era clásica, pero tranquila. El abogado se

animó pensando que su anfitrión no era precisamente lo que se llamaba «un hombre del Renacimiento». Sintió que recuperaba la disciplinada confianza que había adquirido en la guerra. Subió los peldaños con paso animoso, dispuesto a convertirse en la estrella de la velada.

Cuando se disponía a llamar al timbre, reparó en un hombre joven que se hallaba tranquilamente de pie en el césped, con el rostro vuelto hacia las sombras y el rubio cabello iluminado por la luz que salía de las ventanas. Curioso. El anfitrión había insistido en que nadie llevara ayudantes. Nada de chóferes. Nada de guardaespaldas. Y eso, tratándose de gente que tenía varios, tanto de lo uno como de lo otro.

El abogado llamó y se volvió para saludar al desconocido. Sin embargo, el hombre rubio había desaparecido en la oscuridad de la noche, haciendo tan poco ruido que el abogado llegó a dudar de si realmente lo había visto.

No te preocupes. Concéntrate. Deslumbra. Impresiona.

Cuando salió, eran ya más de las cuatro de la madrugada. La cabeza le daba vueltas por la falta de sueño, pero también por el exceso de excelente comida y delicioso burdeos. Fue de los últimos en marcharse. El anfitrión había ideado un orden de partida según un plan que ninguno de ellos había llegado a entender. Aun así, todos aceptaron sin la menor queja su insistencia en nombre de la seguridad y ante amenazas que no quiso concretar. El abogado decidió que el hombre había mostrado un aspecto hipnótico, realmente magnético. Lo habría hecho magníficamente ante un tribunal. Lo había planificado todo con sumo cuidado. Incluso el número de asistentes había resultado ser un símbolo de sus propósitos.

El abogado se quedó un momento junto al coche, tocando la puerta con los dedos, pero sin llegar a abrirla. El rocío hacía relucir la carrocería. En esos momentos tiritaba con más fuerza que cuando había llegado. Pero no por el frío. El anfitrión había desvelado su plan, y este había resul-

tado ser igual que él: brillante, complejo y eficaz. El abogado había permanecido sentado junto a los demás, todos ellos cautivados mientras el anfitrión paseaba arriba y abajo delante de la chimenea, con los ojos brillantes, desvelando ciertos detalles y dejando otros para revelarlos más adelante. Uno a uno, los invitados a la cena habían ido asintiendo. Eran algunos de los hombres más poderosos del país, y todos ellos habían asentido. Sí. Sí. Y otra vez sí. Todos se habían sumado al plan. El abogado había asentido igual que ellos, pero su gesto había sido mentira.

El abogado estaba convencido de que el plan, por brillante que pudiera resultar, era intrínsecamente diabólico.

No había otra palabra para calificarlo.

Incluso cabía la posibilidad de que alcanzara sus fines. Muchos planes diabólicos lo conseguían. El abogado conocía lo bastante de la vida para saber que el triunfo del bien era cualquier cosa menos ineluctable. El triunfo del bien en la última guerra había costado al mundo millones de vidas.

El abogado se sentó al volante. ¿Qué rasgo de su persona había llevado al anfitrión a pensar que se sumaría de buen grado a tan perverso plan? ¿De verdad aquel hombre lo tenía en tan baja estima? Puede que sí. Y puede que incluso con razón. Pensó en los hombres de aquella habitación, fumando sus puros, bebiendo licor, asintiendo. No había duda de que su carrera despegaría como un cohete si se unía a ellos. Ante él se desplegaba el futuro como un infinito y dorado camino.

Un camino cuyo final apestaba a azufre.

Sabía lo que su esposa le diría. Era una mujer maravillosa, pero toda su vida la habían malcriado y protegido. No entendía que, en el mundo de los hombres, a veces resultaba necesario sentarse a cenar con el diablo, aunque solo fuera por un momento, si uno deseaba conseguir...

—¿Necesita usted algo, señor?

El abogado dio un respingo y se volvió. El hombre rubio estaba apoyado en la puerta, sonriendo a través de la ven-

tanilla abierta. Había aparecido junto al coche sin ofrecer el menor indicio de su presencia. El abogado no había visto a nadie tan sigiloso, ni siquiera entre los Rangers. Aquellos ojos azul cobalto le decían que el hombre rubio conocía hasta sus más íntimos pensamientos. Su mirada resultaba al mismo tiempo compasiva y desprovista de todo sentimiento. La mirada de un verdugo.

—Estoy bien —dijo el abogado, después de que se le hubiera deshecho el nudo del estómago—. Bien, gracias.

—¿Una buena reunión?

—Oh, sí, desde luego.

—Conduzca con cuidado, señor.

—Eso haré. Gracias de nuevo.

Cuando se alejó, el abogado sintió que lo invadía un enorme alivio, como si acabara de escapar del infierno. Todavía faltaban treinta meses para que lo asesinaran.

PRIMERA PARTE

NUEVA YORK/LONDRES/BOSTON

1954-1958

1

AL LLEGAR A LA CIUDAD

I

Si Eddie Wesley no hubiera sido una persona tan formal, nunca se habría tropezado con el cuerpo, nunca habría seguido a Junie hasta Tennessee, nunca se habría enfrentado con los demonios hasta llegar a hacer tablas con ellos ni habría ayudado a deponer a un presidente. Sin embargo, Eddie había sido bendecido —o puede que condenado— con una naturaleza tan de fiar que le llevaba a mostrar una casi total falta de prudencia en la persecución de sus afectos. Solo amaba a dos mujeres en su vida, y las amaba a ambas con una temeridad que, con frecuencia, hacía que resultara un hombre difícil de gustar; y por eso, cuando llegó el momento, fue capaz de salvar el país que había llegado a odiar.

Un hombre más prudente quizá habría fracasado.

En cuanto a Aurelia, llegó con sus correspondientes prioridades, muy convencional, muy norteamericana y, por lo tanto, desde el principio muy diferente de Eddie. Cuando los dos siguieron sus respectivos caminos por separado, no había motivo alguno que hiciera suponer que llegarían a unir sus fuerzas, ni siquiera después de los sucesos de aquel infausto domingo de Pascua ni de lo ocurrido en Hong Kong; pero las unieron, más por necesidad que por propia voluntad, y siguieron luchando solos cuando todos los demás se habían rendido o muerto.

O casi todos.

II

Edward Trotter Wesley Junior se instaló en Harlem en mayo de 1954, pocos días después de que el Tribunal Supremo de Estados Unidos aboliera la segregación racial en las escuelas públicas, una decisión histórica que, en opinión de Eddie, tenía que ocultar necesariamente algún truco sucio. Tenía a sus espaldas un título superior de Amherst, unos años de trabajo en Brown como graduado, un puñado de contactos sociales a través de su madre y un codiciado trabajo en el *Amsterdam News* que, hastiado, había abandonado a los tres meses de haber empezado. Según explicó en una carta a su querida hermana Junie, no se había dado cuenta de lo pequeño e insignificante que era su cargo. Junie, en un gesto travieso, hizo llegar la carta a manos de su reprobador padre, un pastor y ensayista de Boston, que en esos momentos se encontraba en Montgomery, Alabama, organizando un boicot contra un establecimiento que se negaba a llamar «señor» y «señora» a sus clientes negros. Wesley Senior, como le gustaba que lo llamaran, estaba lejanamente emparentado con William Monroe Trotter —el periodista negro que en una ocasión había sido detenido por arrojar pimienta durante un discurso de Boker T. Washington—, y había heredado parte del genio de ese clan. Cuando regresó a Boston, respondió inmediatamente a Junie y de paso le envió todo un rosario de citas del Nuevo Testamento, en su mayoría relacionadas con el trabajo duro, rogándole que se las hiciera llegar a su hermano. Eddie las leyó todas. La de Tesalonicos II 3,10 avivó su furia lo suficiente para que dejara de escribir a sus padres durante más de un mes. Eddie también tenía su genio. Cuando por fin consiguió reunir de sus diversos trabajos el dinero suficiente para procurarse un teléfono, se negó durante semanas a

dar el número a sus padres. Wesley Senior creía que su hijo era un vago; pero este, fiel a su manera de ser, se limitaba a concentrarse en lo suyo. No deseaba escribir sobre accidentes de tráfico ni sobre los discursos del gran líder del pujante movimiento a favor de los derechos de los negros. Lo que quería era escribir relatos y novelas y, al igual que muchos otros escritores antes que él, había decidido que el hecho de ganarse la vida ahuyentaría su musa. Así pues, durante una temporada estuvo viviendo de gorra.

Su madre envió dinero, hubo lavado de coches, reparto de periódicos y servicio de mesas. A la vuelta de la esquina de su apartamento de la calle Ciento veintitrés había una mantequería judía —así era como las llamaban, «mantequerías judías», haciendo referencia a los propietarios y no a la cocina—, y durante un tiempo Eddie se ganó un sobresuelo trabajando por las noches en la caja registradora, leyendo y escribiendo en el mostrador porque la clientela era escasa. Sin embargo, recibió una oferta mejor. En aquellos días, la parte más pobre de Harlem la dirigía un personaje llamado Scarlett, que se había hecho con el poder después de que el legendario Bumpy Johnson, el rey de la delincuencia negra organizada, fuera encarcelado por tercera vez. Scarlett era el propietario de un club nocturno de la calle Ciento veintiocho —también de muchas otras cosas— y se decía que pagaba su cuota a Frank Costello, el sucesor de Lucky Luciano al frente de la mafia de Nueva York. Se trataba de un elegante jamaicano que había salido de la vieja banda de los Forty Thieves junto con Bumpy. Era muy popular en las calles. Le gustaba entrar en los comercios y sacar un grueso fajo de billetes del bolsillo de su traje a medida. Entonces hacía una pequeña compra con un billete de los gordos y decía al radiante propietario que se quedara con el cambio. De esa manera afianzaba su fama de generoso. Poco importaba que unos días más tarde su gente apareciera por dicho comercio para cobrar la obligatoria tarifa de protección. A los veintisiete años y tras el depri-

mente cumplimiento de su servicio militar, Eddie Wesley no era conocido precisamente por ser un camorrista. Aun así, tenía un amigo que a su vez tenía otro amigo, y, antes de que se diera cuenta, se encontró haciendo trabajillos ocasionales para tipos duros, ruidosos o discretos, que estaban relacionados o no con Scarlett. Era una forma de ganarse la vida, se decía a sí mismo, aunque no a sus padres. Solo sería hasta que se diera a conocer como escritor. Además, le serviría de materia prima para las historias que algún día se inventaría. Cada vez que lo asaltaban dudas morales, se decía que Richard Wright había confesado en *Black Boy* haber llevado en su juventud una vida de delincuente. Lo cierto era que Wright se había limitado a robar algún que otro puñado de entradas al propietario de un cine, mientras que Eddie se dedicaba a llevar misteriosos paquetes de un estado a otro; no obstante, se consolaba con una de las frases de Wright en la que este decía que el hombre blanco había cometido tantas tropelías que robarle no significaba infringir ningún principio ético. Y cuando una parte de él sospechaba que a quien Scarlett robaba no era precisamente al hombre blanco, Eddie apartaba inmediatamente dicho pensamiento.

—¿Adónde vas todas las noches? —le preguntó Aurelia, su novia de inalcanzable alta cuna, a quien cortejaba a menudo recitándole a Andrea Capelanus en materia de amor cortesano, ya que la literatura medieval había sido una de sus asignaturas favoritas en Amherst. Estaban haciendo manitas, como solía decirse, en un oscuro reservado del club de Scarlett, que no era precisamente el lugar que frecuentaban los amigos de Eddie y, lo que era más importante, tampoco los de Aurie—. ¡Eres tan reservado...!

Como si ella no lo fuera.

—Si te lo contara, nunca lo creerías.

Aurelia era mucho más aguda que Eddie y siempre lo había sido.

—Entonces es que no se trata de una mujer.

—Eres tú quien lo dice —respondió él.

—Lo sé. —Bebió un sorbo de su *gin fizz* de *kirsch*, la bebida que la había hecho conocida en todo Harlem. Era columnista en el *Seventh Avenue Sentinel*, el segundo diario negro más importante de la ciudad, y escribía de todos los pecadillos ajenos menos de los propios—. Soy yo la que lo digo —contestó, poniéndose en pie y tirándole del brazo—. Baila conmigo, anda.

—Llamaremos la atención —repuso él, con su particular forma de expresarse que había desarrollado en Amherst.

Sus amigos se burlaban, pero a las mujeres les encantaba.

—No, no lo haremos —bromeó ella, imitando su cadencia, y puede que tuviera razón, porque el club de Scarlett era la clase de lugar que siempre se acordaba de olvidar que alguna vez hubieras estado por allí.

Pero, antes de que pudieran bailar, uno de los tipos ruidosos se llevó a Eddie a rastras para una conversación entre susurros. Eddie, muy excitado, le explicó a Aurelia que esa noche tendría que ser corta, transmitiéndole con su lenguaje corporal lo que no se atrevía a decirle en voz alta. Desgraciadamente, Aurie no era de las que se dejaban impresionar fácilmente: tal como no se cansaba de contar a la menor ocasión, en su árbol genealógico había canallas a mansalva, un congresista de la Era de la Reconstrucción y también el primer negro en ganar un millón de dólares en el negocio inmobiliario.

—No puede ser que te relaciones con gente como esa —dijo Aurelia mientras caminaban bajo la sucia lluvia de Harlem.

Llevaba unas baratas fundas de plástico para los zapatos, pero su paraguas era de París, donde tenía una tía que era cantante de jazz.

—No se trata de una relación en el sentido habitual.

Ella conocía sus excusas de cabo a rabo.

—No me lo digas. Estás buscando material para tu gran novela.

—Más o menos.

Habían llegado a la biblioteca pública de la calle Ciento treinta y cinco, a tres manzanas del apartamento que Aurie compartía con otras dos mujeres. Los coches de la acera estaban aparcados tan juntos que era un milagro que consiguieran volver a salir. Eso era lo más cerca que Eddie tenía permitido llegar. Aurelia le dio un beso. Tenía unas cejas finas y un rostro ovalado de ardilla. Cuando estaba contenta, parecía un diablillo juguetero. Cuando estaba seria, la redondez se petrificaba y se convertía en la imagen de las institutrices de las películas de Hollywood. Era el momento de la institutriz.

—Mi familia tiene ciertas esperanzas puestas en mí — empezó a decir—. Soy hija única, y mi futuro les importa. Les importa mucho.

—Eso es lo que siempre me dices.

—Porque es la verdad. —Frunció el entrecejo—. Ya sabes, Eddie, que el negocio de mi tío son los hoteles y...

—Soy escritor.

—Tiene hoteles en siete ciudades distintas...

—No puedo hacerlo.

—Gana mucho dinero y siempre lo ganará. Me importa un bledo lo que diga el Tribunal Supremo. Seguiremos necesitando hoteles solo para negros al menos durante los próximos cincuenta años. Puede que más. —Eddie le acarició la mejilla, pero no dijo nada—. Quería preguntártelo una vez más porque...

Él le tapó la boca, suavemente. Llevaban discutiendo lo mismo desde hacía años, y los dos sabían de antemano cómo acabaría. Repetían los mismos diálogos de siempre como si fueran actores fatigados.

—Tengo que escribir, Aurie. Las musas me contemplan. No se trata de una opción. Es cuestión de necesidad.